

NOTA BIBLIOGRÁFICA AL
CATÁLOGO DE LAS PLANTAS...,
DE ALEJANDRO JUBERA Y PASCUAL

Ángel Lasheras Matute e Ismael González Coello

Dedicatoria

En homenaje a todas aquellas personas que, de algún modo, han tratado de convencer a sus contemporáneos de que la destrucción y eliminación de valores heredados no es el único, ni mucho menos el mejor, camino para el progreso.

LA historia de la humanidad está jalonada de grandes acontecimientos, hechos que, con su esplendor y trascendencia, enmascaran el devenir de la vida diaria. Esa línea de sucesos cotidianos e irrelevantes para las enciclopedias alimenta la continuidad histórica y son un buen espejo, sobre todo si los enfocamos desde la óptica local, para ver las mudanzas del entorno inmediato del ser humano. En el espacio local se pueden discernir los cambios de los pueblos y ciudades, de los campos y los bosques, de los modelos de vida, que mudan con una velocidad vertiginosa, comprobando, con más frecuencia de la deseada, cómo las acciones que generan el progreso –cambio– de las sociedades humanas, llevan asociados irremediablemente hasta ahora la destrucción de su entorno, el abandono de los valores tradicionales y la pérdida del respeto por la existencia de los seres vivos que pueblan la Tierra que, en lo primordial, cada uno de ellos sólo son unidades pertenecientes a un orden mayor.

Vamos, sin más preámbulos, a ocuparnos de un librito que recuperamos hace una temporada. Se trata de la reedición del *Catálogo de las plantas. Recogidas y clasificadas, según los principios botánicos en el Partido de Tarazona de Aragón*, obra de don Alejandro Jubera y Pascual, licenciado en Farmacia y subdelegado del Partido de Tarazona, que fue publicado en 1885.

El libro, de sesenta y cinco páginas, se ordena en varios apartados relativos a distintos aspectos naturales de la comarca del Moncayo y de la ciudad de Tarazona. En este breve entretenimiento o comentario, nos centraremos en lo que se refiere a las pinceladas de botánica y a los árboles sobresalientes de la ciudad de Tarazona y sus alrededores.

Comenzaremos transcribiendo el primer párrafo de la advertencia que hace el licenciado en la reedición:

ADVERTENCIA

«Como la reimpresión de este humilde escrito es motivada principalmente por la destrucción del secular olmo de la Virgen

del Río, que tan profundo sentimiento produjo en los moradores de esta ciudad, hemos creído oportuno prescindir de la parte primera, o sea del catálogo de las plantas, por no considerarla el objeto esencial, y sí tan sólo reproducir la parte segunda, que, además de estar al alcance de todos y hacer mención del gigantesco árbol, expresa las plantas que se crían en mayor abundancia para poderlas exportar».

En la descripción somera que hace don Alejandro de los bosques del Moncayo, destaca algunas especies de árboles que podemos ver ahora. Concretamente escribe en la página 25: «Los árboles de nuestros montes son el de Tarazona, según ya hemos indicado, el haya, el roble; en otros del partido, abunda el acebo y carrasco; y en los más, el Quercus Ballota Desf, ó sea nuestra encina común, principalmente en los pueblos de Añón, Purujosa y Calcena donde se encuentran dilatados bosques de esa inapreciable cupulífera rindiéndoles mayores productos que las viñas y olivares de muchas partes...».

«...no siendo menos productivos sus exquisitos frutos, que después de nutrir infinidad de paquidermos cuyos sabrosísimos jamones dan justo renombre á la villa de Calcena...». También se lamenta de que la tala incontrolada para aprovechamiento de carbón arraso, en 25 años, bosques milenarios del Moncayo: «...esa inapreciable riqueza que los municipios supieron por tantos siglos y en tan excelente estado conservar...».

Regresando a la ciudad de Tarazona, nos cuenta que «...Los árboles que adornan y dan sombra a los caminos y paseos, son el álamo (chopo) negro y olmo, encontrándose además en el centro de nuestro paseo principal denominado Repolo, algunas acacias y sauzgalillos, el sauce blanco y oriental, el árbol del paraíso y algunos frutales como nogales, manzanos guindos y cerezos entre los que se ven variedad de rosales, la malva real y la estrellada que abundan por la glorieta...».

Destaca el autor un ejemplar sobre todos los demás: «...el olmo de la Virgen del Río...», «...presenta en su tronco principal nueve metros de altura y una circunferencia de siete metros y doce centímetros...», «...que sucumbió el día 16 de Febrero de 1885 a las nueve de la mañana, á impulso del terrible huracán que se desencadenó en la madrugada de dicho día...». Este olmo se trocó en rodajas que fueron subastadas el 12 de abril del mismo año, excepto tres de ellas, de las cuales una se colocó en la Casa de la ciudad, otra, que pesaba 743 kgrs., fue regalada a la Universidad de Zaragoza, y la tercero de 606 kgrs. se entregó al Marqués de Goicoerrotea, diputado a Cortes.

El autor hace una enumeración de múltiples árboles frutales e hierbas aromáticas que pueblan los campos de la vega turiasonense. Podemos leer literalmente: «...y continuando nuestra narración decimos que si Tarazona es notable con álamos y olmos, no lo es menos en aquellos árboles cuyos frutos sirven de alimento al hombre. Las regocijantes y elevadas parras se ven con frecuencia servir de toldos ó pabellones á los balcones y corredores, y los numerosos huertos que hay en el centro y alrededor de la población la dan un carácter agrícola tal, que son el atractivo de los forasteros que de año en año se aumenta el número de los que vienen a veranear, si se penetra en ellos, se encuentra toda variedad de manzanos, perales, guindos y cerezos, algunos acerolos, nísperos, almendros y avellanos, el membrillero, el granado y todas las variedades de persica vulgaris. También se encuentran en nuestros jardines infinidad de flores y plantas aromáticas, como melisas, mantas, salvias, agedreas, albahacas y la verbena olorosa; en fin, circundan nuestros huertos los más vistosos emparrados y varios árboles de adorno, descollando por las tapias los elevados saucos ostentando orgullosos sus aparasoladas flores aromáticas...». «...También abundan en este partido los corpulentos nogales, y se

nos olvidaba hacer mención del que hay en el camino de Cunchillos y próximo á la Ermita de santa Rosa, cuyo tronco tiene una circunferencia de 5 metros con 28 centímetros, presentando ramas de 3 metros y siendo por consiguiente el segundo árbol de esta población...». «...y por las graciosas colinas que la rodean coronadas de hermosos olivos, ...».

Para concluir este comentario, haremos un último paseo con el licenciado Jubera hasta el Repolo: «...En ese inimitable Repolo, al que se puede ir al medio día sin que ofenda el astro refulgente, y que puestos en él, ni siquiera permiten sus entrelazadas ramas que hiera el menor rayo luminoso, es donde con más frecuencia pasean los forasteros por ser el paraje más próximo y ameno de la población, y en este sitio es donde el viajero se adormece y estasia, disfrutando de su frescura, de la suave fragancia de sus flores y del cántico melodioso del jilguero y del ruiseñor que guarda la mayor armonía con el apacible murmullo del festivo y delicioso Queiles...».

Si retomamos la reflexión sobre la mudanza de nuestra realidad, no es difícil abstraer lo poco de bueno que hemos hecho por la herencia que, con tanto mimo y sacrificio, nos legaron las generaciones pasadas. La búsqueda del rendimiento económico en sí mismo, sin conocer las sutiles y frágiles leyes que rigen la naturaleza, sin prever las consecuencias de la explotación incontrolada del medio natural, nos ha llevado a sufrir el efecto retorno de las agresiones y el daño al medio ambiente que hemos ido acumulando en el corto espacio de tiempo, que abarca la era del maquinismo y el desarrollo moderno.

El hombre contemporáneo, inventor, dominador del medio, modelador de la realidad, se libró de sus anclajes naturales y se sometió a la esclavitud de la economía y del consumo, en definitiva, de lo que llamamos «progreso»;

actitud y actividad de consecuencias imprevisibles, aunque se empiezan a constatar los efectos de nuestras agresiones, provocadas por esa filosofía económica del beneficio inmediato y a costa de lo que sea: contaminación del aire, de las aguas continentales y oceánicas, el efecto invernadero, las sequías y catástrofes meteorológicas, nuevas enfermedades y plagas, etc.

De vuelta al comentario del libro del licenciado Jubera y con los pies en esta querida y hermosa tierra del Moncayo, hay que reconocer que, hace menos de doscientos años, nuestra comarca era casi virgen y la explotación de la flora y la fauna estaban dentro de la capacidad de regeneración espontánea de la naturaleza. La sobreexplotación de las masas forestales del Moncayo para calentar la casa y para fundir el mineral de hierro arrasó nuestros montes de hayas, robles, encinas, acebos... La mecanización de la agricultura se llevó por delante a los frutales que adornaban las márgenes de las fincas. Los cultivos modernos trajeron plagas. El asfalto y el hormigón acabaron con la mayoría de los árboles autóctonos de las carreteras y de nuestras calles. La fabricación de muebles lujosos no ha ido a la zaga, eliminando bosques que costaron siglos. La industria del papel y la construcción también tienen su parte en la sustitución del bosque natural por las plantaciones.

Han desaparecido los olmos, los chopos autóctonos que quedan son reliquias, las laderas desaparecen arrastradas por las avenidas después de desnudarlas con fuego, los olivares de antaño son un recuerdo para nostálgicos. Cogemos agua limpia y la evacuamos envenenada, ... Todo son agresiones que están dejando a la naturaleza sin capacidad de regeneración.

A cambio, ahora tenemos bosques de pinos que transforman el suelo,

pero son muy «rentables», terrenos que por exceso de explotación agrícola se han quedado exhaustos y valdíos, choperas extranjeras de «quita y pon», frutales de laboratorio que necesitan ingentes cantidades de veneno para sobrevivir, cultivos extensivos que se chuparían toda el agua del mundo, piscinas «muy sanitarias», que irritan los ojos, coches que nos llevan a cualquier rincón del monte, al cual tratamos como si fuera un basurero..., televisiones que nos han sustraído de conocer y amar a las cosas que constituyen nuestro mundo cercado, ...

¡Menos mal que aún conservamos los santos para sacarlos en rogativa!

No es nuestra pretensión –ni que nadie lo interprete así– hacer moralejas o mover sentimientos de culpa, nos conformamos con que cada cual se provea de sus propias conclusiones y actúe en consecuencia: el medio ambiente no es obra de los demás ni de todos, por el contrario, es la suma de lo que hacemos cada uno de nosotros con los recursos hidráulicos, con los métodos de generar energía y con

el modo de usarla, con nuestra forma de estar en la naturaleza, con las técnicas que utilizamos para producir alimentos, con los elementos naturales que utilizamos para construir el belén navideño, etc.

Acabamos este ligero comentario con un mensaje que fue emitido por un «salvaje» a miles de kilómetros del Moncayo, una treintena de años antes de que el licenciado Jubera publicara su catálogo de plantas de la comarca de Tarazona:

«Si los hombres escupen a la tierra, se escupen a sí mismos, porque la tierra no pertenece al hombre, sino el hombre a la tierra. Todo está relacionado como la sangre que une a una familia. El hombre no creó el tejido de la vida, sino que simplemente es una fibra de él. Lo que hagáis a este tejido os lo hacéis a vosotros mismos.»

«Continuad ensuciando vuestro lecho y una noche moriréis asfixiados por vuestros propios excrementos.»

(Extraído de la carta enviada por el jefe indio Seattle al presidente de EE.UU., en junio de 1854).